

ARTÍCULOS

IMAGINAR ENTRELAZAMIENTOS
EN EL TIEMPO DE LA CRISIS

IMAGINING INTERTWINING IN THE TIME OF THE CRISIS

Ana Neuburger

Universidad Nacional de Córdoba

Doctora en Letras y Licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba. Co-editó los libros Imaginación y materialismos. Ficciones teórico-críticas ante la crisis (2024) y Figuras de la intemperie. Panorámica de estéticas contemporáneas (2019). Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales sobre literatura argentina, teoría y crítica. Participa en distintos equipos de investigación sobre estética, filosofía, materialismos, literatura y artes contemporáneas

Contacto: ana.neuburger@gmail.com

ORCID: [0000-0002-3357-7645](https://orcid.org/0000-0002-3357-7645)

DOI: [10.5281/zenodo.14542572](https://doi.org/10.5281/zenodo.14542572)

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Crisis**Atmósfera**Clima**Fin**Imaginación*

La década de los noventa en la cultura argentina concentra un amplio campo de discusiones en torno a la crisis. Desde imágenes del fin del mundo, territorios arrasados y desastres climáticos la imaginación de las últimas décadas pasa decididamente por la temporalidad de la crisis. Tomando como punto de partida episodios de dos ficciones argentinas contemporáneas buscaremos trazar las coordenadas de un debate que se abre en torno a la crisis a partir de la articulación entre teoría y crítica contemporánea: los efectos de los procesos de acumulación y desigualdad de las políticas neoliberales y los efectos críticos del cambio climático. La proliferación de imágenes en crisis encuentra una zona común entre estos problemas y lo determinan al modo de una atmósfera y un clima. De este modo, buscamos reflexionar sobre las relaciones entre clima e historia (Chakrabarty), estratos y tiempo geológico (Parikka), atmósfera de la crisis (Rodríguez, Ludmer) e imágenes del fin del mundo (Danovski y Viveiros de Castro, Horne) para interrogar modos de construir procedimientos en los que naturaleza e historia, tiempo y espacio, se aproximan, entrelazan e insisten en imaginar un más allá del fin.

ABSTRACT

KEYWORDS

*Crisis**Atmosphere**Climate**End**Imagination*

The decade of the nineties in Argentine culture concentrates a wide field of discussions around the crisis. From images of the end of the world, devastated territories and climatic disasters, the imagination of the last decades passes decisively through the temporality of the crisis. Taking as a starting point episode of two contemporary Argentine fiction, we will seek to trace the coordinates of a debate that opens up around the crisis from the articulation between theory and contemporary criticism: the effects of the processes of accumulation and inequality of neoliberal policies and the critical effects of climate change. The proliferation of images in crisis finds a common zone between these problems and determine it in the manner of an atmosphere and a climate. Thus, we seek to reflect on the relationships between climate and history (Chakrabarty), strata and geological time (Parikka), atmosphere of crisis (Rodríguez, Ludmer) and images of the end of the world (Danovski and Viveiros de Castro, Horne) to interrogate ways of constructing procedures in which nature and history, time and space, approach, intertwine and insist on imagining a beyond the end.

Fecha de envío: 07/11/23

Fecha de aceptación: 05/02/24

Ficciones en crisis

¿Por qué será que los relámpagos y las raíces se parecen tanto?
Verónica Gerber Bicecci

El cambio de milenio quizás constituya en la cultura argentina la forma más emblemática de la imaginación de los fines. A partir de los años noventa advertimos el modo en que comienzan a surgir una serie de imágenes ligadas al tiempo de la ruptura y a los territorios de la crisis. Como apunta Josefina Ludmer (2021), por esos años no sólo se transforma el mundo bajo el signo del cambio de época sino también los imaginarios y sus formas. Lo cierto es que a partir de los años noventa comienzan a proliferar imágenes, espacios y materiales asediados por el desastre, determinados por las múltiples crisis que exhiben un estado de desintegración social, político, ambiental e histórico que conviven, a la vez, con el carácter celebratorio y festivo de la promesa acelerada y globalizadora de la modernidad. María Moreno (2011) escribiendo al calor de los acontecimientos convulsionados del 2001, resalta el carácter inventivo, imaginario y ficcional de las transformaciones que comienzan a organizarse en torno a los sentidos de la crisis: la invención de la resistencia en lucha por el territorio, las mutaciones del lenguaje bajo el peso de los acontecimientos y, especialmente, “la fiesta de imaginar que nombrando se actúa” (Moreno, 2011: 23). La crisis, de este modo, abre a su paso territorios que exponen el carácter destructivo bajo la forma de restos y escombros que han quedado del progreso. Y en ese movimiento señala también el colapso de aquella larga narrativa sobre la que se asentaron la oposición entre naturaleza y cultura, la separación entre tiempo y espacio. La articulación de estos órdenes resulta central para trazar el recorrido de este trabajo. Quisiéramos partir de dos escenas de novelas argentinas paradigmáticas de la crisis, donde advertimos se ensayan procedimientos que no sólo reparan en la materialidad del tiempo y el territorio sino que además conforman atmósferas que articulan clima e historia, para luego desplegar una serie de aspectos centrales en torno a la crisis que se dan precisamente en la articulación entre teoría y crítica contemporánea. Esto es, los procesos de acumulación y desigualdad de las políticas neoliberales y los efectos críticos del cambio climático. En este debate nos proponemos indagar cómo naturaleza e historia, tiempo y espacio se entrelazan e insisten e imaginar un más allá del fin. No se trata del fin en tanto imagen del agotamiento total del sentido sino de un campo de lo posible que disputa el sentido de clausura y decadencia de un tiempo y un territorio en crisis, en el que la figura

del desastre, como sugiere Jens Andermann (2018), resulta insuficiente para pensar las transformaciones políticas, sociales y ecológicas del presente.

En primer lugar, esas escenas marcan la configuración de territorios en los que, al ritmo del derrumbe y la crisis, adviene una posibilidad para el porvenir. Entre la alucinación y desenfreno, tormentas eléctricas interrumpen las coordenadas espacio-temporales para explorar una zona de enlaces y entrelazamientos en los que la atmósfera de la crisis se impone como un clima. Esta escena proviene del final vertiginoso de *La villa* (2011) de César Aira en el cual historia y naturaleza se aproximan en la inminencia de una tormenta para imaginar formas de habitar el presente de la crisis. Una tormenta irrumpe en el caos de acontecimientos para desestabilizar el conjunto de representaciones que hicieron de la historia un sentido apartado del entorno, órdenes que durante la modernidad fueron concebidos como esferas separadas y que en la ficción de Aira se encuentran visiblemente conectadas. Se trata de un procedimiento formal que, a partir de la temporalidad del fin de mundo, con sus velocidades y flujo de imágenes, exhibe el carácter inminente de la crisis bajo la forma de un clima. La crisis se precipita a partir de la rapidez y el atropello de los hechos produciendo una atmósfera envolvente en el estallido final. El caos de acciones se moviliza al ritmo del viento y la lluvia, se agita bajo el cielo convulsionado del fin de la historia, haciendo que las imágenes se multipliquen con tal velocidad que el final participa de esa misma lógica acelerada. Una experiencia del tiempo en plena concomitancia con la figuración de fin de siglo hace de la crisis una interrogación que se dirime entre el agotamiento y el impulso. El final, entonces, pronuncia la apertura de una atmósfera que ha logrado impregnarse en el relato, un *mal clima* (Rodríguez, 2022) que experimenta modos de capturar un enlace entre naturaleza e historia.

La degradación de la ciudad corre a la par de la emergencia de nuevos territorios, configurando atmósferas y abriendo grietas por las que se filtran otras temporalidades. Bajo el nombre de *teoría del subsuelo* Ludmer (2020) lee en las ficciones argentinas de fin de siglo una zona de cruces e implicancias entre los órdenes naturales y políticos. A partir de la topología de la isla urbana como espacio paradigmático de los nuevos repartos de la crisis, aparecen otros niveles por debajo de la ciudad regidos por la lógica de la mezcla, la contaminación y la conexión. Un nuevo régimen subterráneo en el que discurre “una materia fuera de la historia o de la ley que lo impregna todo y tiene un lugar dominante en el régimen porque exhibe el mecanismo de la desdiferenciación” (Ludmer, 2020: 155). Entre la violencia, la fiesta y el frenesí, aparecen también fuerzas caóticas y destructivas que impactan directamente sobre los territorios de la ficción. Pozos, napas, chorros y excavaciones brotan desde la profundidad de la tierra y desestabilizan superficies y formas de representación. Estos movimientos provienen de la *La*

Virgen Cabeza (2009) de Gabriela Cabezón Cámara, novela en la que desde el centro abigarrado de la villa se exploran otras relaciones entre materia, tiempo y espacio a partir de fuerzas geológicas que irrumpen alterando escalas y mediciones. Un chorro brota de la tierra y trae a escena la profundidad como proceso de espacialización del tiempo convocando largas duraciones subterráneas que se extienden bajo el suelo barroso de la villa. El país se estaba hundiendo y son precisamente los puntos de fractura y las fisuras del territorio las que revelan el encuentro de materiales y tiempos heterogéneos: el chorro trae a la superficie ruinas, basura, reliquias, huesos, restos del fondo de una historia material que con su potencia de ruptura reconfigura la temporalidad del territorio.¹

En ambos episodios se ensayan modos de capturar el estado de descomposición del imaginario nacional a partir de ciertos procedimientos visuales y materiales que más que revelar el carácter decadente y total de la crisis, exponen otras zonas de invención e imaginación del espacio, otros repartos que articulan la degradación pero a la vez resistencia de sus materiales, el estado de crisis pero también los posibles reordenamientos que de allí emergen. Ambos sostienen que ante la emergencia de nuevas disposiciones espaciales acontece un universo con reglas propias que imagina otras formas de la resistencia y desde allí exploran una zona de entrelazamientos entre historia y naturaleza. Y lo hacen a partir de imágenes y figuras que convocan los tiempos profundos de la tierra, con sus capas, sedimentos y estratos materiales, como también las tormentas eléctricas y los rayos del agitado cielo del fin de la historia. De hecho, iluminan la potencia que surge en el presente de la crisis para construir otros dispositivos en torno al tiempo y el espacio que insisten en imaginar un más allá del fin de la historia.

El clima de la historia

Quisiéramos interrogar los sentidos en torno a la crisis para organizar una serie de problemas bajo un suelo común: los efectos de los procesos de acumulación y desigualdad de las políticas neoliberales y los signos críticos del cambio climático. Una zona común que reúne, en el cruce entre teoría, crítica y ficción, el vaciamiento de sentido en torno a lo nacional, cuyo punto más álgido es la crisis del 2001 en Argentina, con las transformaciones climáticas y los debates en torno al fin del mundo. Acaso ante la devastación, ante el derrumbe de imágenes que supo forjar el proyecto civilizatorio y modernizador, ante un tiempo presente que se revela carente de todo horizonte de progreso, parecieran quedar restos, nuevos ordenamientos y

¹ Sobre la relación entre territorio, crisis y restos materiales en las novelas de Aira y Cabezón Cámara ver Neuburger (2020; 2021).

disposiciones. Es el derrumbe de la naturaleza como garantía del relato progresista aquél que viene a subrayar de modo espectacular la crisis. Quisiéramos pensar el anudamiento que presentan estos eventos con la crisis política, histórica y económica del capitalismo en su fase tardía que arrasa con los territorios.

La proliferación de enunciados sobre el entrelazamiento de estos problemas se dispara en el presente y lo determinan al modo de una atmósfera y un clima de inminencia de la crisis. Se trata de advertir la implicancia que hay entre estos órdenes, o como formula Dipesh Chakrabarty en sus tesis sobre crisis climática, reparar en el “colapso de la antigua distinción humanista entre la historia natural y la historia humana” (2021: 13-14). En *Clima y capital* (2021) el autor comienza localizando la larga narrativa sobre la que se sostiene la distinción entre historia y naturaleza, a partir de la cual el ambiente fue concebido durante el siglo XX como “un silencioso y pasivo telón de fondo de las narrativas históricas” (Chakrabarty, 2019: 95). Aún en las tentativas que buscaron desmarcar tal diferencia, las transformaciones de la naturaleza y su concepción cíclica del tiempo parecía conducir a la premisa de que son primeramente los procesos sociales aquellos agentes con amplia y rápida capacidad de cambio, mientras la naturaleza se manifiesta lenta en sus transformaciones, cuando no imperceptible y atemporal. Es en los debates más recientes sobre cambio climático que es posible advertir un consenso en torno a cómo el humano en tanto agente biológico se ha convertido en una fuerza geológica que ha modificado de modo drástico los procesos y cambios profundos de la Tierra. En este sentido, Danowski y Viveiros de Castro (2019) aseguran que se trata del fenómeno más significativo del presente siglo:

Esa súbita colisión de los humanos con la Tierra, la terrorífica comunicación de lo geopolítico con lo geofísico, contribuye de manera decisiva al desmoronamiento de la distinción que era fundamental para la *episteme* moderna: la distinción entre los órdenes cosmológico y antropológico, separados desde “siempre” (vale decir, desde por lo menos el siglo XVII) por una doble discontinuidad, de esencia y de escala. De un lado, la evolución de la especie, y del otro, la historia del capitalismo (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 43).

El tiempo humano que durante siglos supo distinguirse de la vastedad del tiempo geológico se ha transformado con tal fuerza que, en la actualidad, afirma Chakrabarty, resulta innegable “el impacto humano en el planeta a una escala geológica” (2019: 96). La distancia entre ambos calendarios ha colapsado en las últimas décadas debido al uso a gran escala de tecnologías

cuya implementación se ha intensificado drásticamente, situando al ser humano como el principal determinante del medioambiente:

Nuestra huella no fue siempre tan grande. Los humanos comenzaron a adquirir esta agencia solo desde la Revolución Industrial, pero el proceso realmente se disparó en la segunda mitad del siglo veinte. Nos hemos convertido en agentes geológicos muy recientemente en la historia. En este sentido, podemos decir que solo recientemente la distinción entre historias humanas y naturales [...] ha comenzado a derrumbarse (Chakrabarty, 2019: 96).

Sin embargo, para Chakrabarty la crisis climática y sus principales consecuencias no puede ser sólo reducida a la historia del capitalismo, aunque resulte necesario advertir el modo en que ambas cronologías están mutuamente implicadas. Resulta necesario pensar esa interacción, aunque insuficiente si no se contemplan otras variables. Sobre la base de ese vínculo se produce una interrogación de los límites de la comprensión histórica, en la que ingresa la posibilidad de visualizar otras escalas y se atiende con ello al alcance de otras dimensiones temporales. Hay una historia del capital cuyos efectos se experimentan de modo determinante en la actualidad, pero hay también una *historia profunda* (Chakrabarty, 2019: 99) que continúa su curso aunque sus consecuencias se tornen difícil de evidenciar y, por tanto, demandan la comprensión de otra escala temporal. La historia de la humanidad está infundida en el tiempo geológico (Parikka, 2021b) y en ese movimiento es posible destacar la potencia relacional entre ambos órdenes. Es en la profundidad del tiempo que convocan los procesos y ritmos de la tierra que se expanden las dimensiones espacio-temporales y, a la vez, donde es posible advertir otras escalas que desbordan los asuntos humanos.

La posibilidad de visibilizar entrelazamientos de historias se presenta como una apuesta y una apertura fundamentalmente en torno al tiempo. A su vez, allí radican para Chakrabarty, sus principales límites y dificultades.² Por un lado, la historia del sistema de la Tierra, con sus

² Las *fisuras* o brechas que Chakrabarty (2021) analiza tienen que ver con aquellos escollos que imposibilitan ensayar un entrelazamiento de diversos órdenes. El primero de ellos tiene que ver con un atributo propio de la política económica cuya estructura se fundamenta en saber prevenir ciertos eventos, o al menos anticipar sus efectos, con el fin de elaborar un campo de posibles y conjugar probabilidades. Frente a esto, la crisis climática no sólo reviste un carácter de incertidumbre sino que además expresa no-linealidades, umbrales y un horizonte de largas duraciones temporales. El segundo se encuentra anclado en la dificultad que implica conectar el cambio climático con las formaciones históricas de las desigualdades del capitalismo. Reducir el cambio climático a los efectos del capitalismo obtura finalmente las posibilidades de comprender la complejidad temporal que encierra nuestro presente, las escalas diferenciadas que convergen en él. Para Chakrabarty, en este punto, la cuestión de la especie en términos de población –que incluye además la cuestión de la desigualdad social, entre otras variables– sea acaso el punto de pasaje entre una historia y la otra. Por último, aborda el problema del antropocentrismo en

movimientos, emergencias e irrupciones; por el otro, la historia del capitalismo, de la civilización industrial y sus modos de producción, con sus avances y declives a corto plazo. Pareciera tratarse de bloques de tiempo que se alejan por sendas opuestas, a ritmos y velocidades diferenciados, a escalas visiblemente distintas:

llamo a estas brechas o aberturas en el paisaje de nuestros pensamientos fisuras porque son como fallas en una superficie aparentemente continuas [...] Inyectan cierto grado de contradicción en nuestro pensamiento, ya que se nos pide que pensemos en diferentes escalas simultáneamente (Chakrabarty, 2021: 69).

La figura del *tiempo profundo* (Parikka 2021a, 2021b) propone justamente un problema de escala.³ Ya que el tiempo geológico, aquel que se asienta sobre los procesos de la tierra, trae a escena la profundidad como proceso de espacialización del tiempo y convoca así otras mediciones temporales: largas duraciones subterráneas se extienden bajo la Tierra. Jusi Parikka sostiene que abordar la historia de los medios desde el tiempo de la tierra supone enfrentarse a una historia especulativa ya que la escala cambia de un modo drástico: “la historia de los medios se funde con la historia de la tierra” (2021a: 29), liberando variaciones y estratificaciones materiales. Son los medios, para Parikka, los que “expresan una continuidad entre naturaleza y cultura” (2021a: 169). Para ambos autores, la naturaleza no lineal del tiempo propone una visualización de los procesos materiales de la tierra. Próxima a la noción de *estrato* (Parikka, 2021b), los procesos de carácter histórico traman líneas de continuidad entre las formaciones geológicas e historia humana. Pero también se trata de incorporar a esta perspectiva la convivencia de diferentes velocidades espacio-temporales: desde variaciones lentas hasta saltos y transformaciones repentinas. La influencia de Deleuze y Guattari (2004) para el autor es decisiva, en principio al recuperar la lógica de espe-

tanto sostén de la oposición entre humanos y la parte natural del mundo, y el carácter moral que suscita en términos de jerarquía de especies. Desmontar ese vínculo quizás contribuya a elaborar un imaginario no centrado en lo humano. Una imaginación que dé cuenta de la creciente divergencia entre lo global – en tanto historia singularmente humana– y lo planetario –una perspectiva que desborda completamente lo humano–. Chakrabarty concluye en que “si ha de haber una política integral del cambio climático, debe comenzar desde esta perspectiva” (2021: 93).

³ Para Jusi Parikka, desde una perspectiva geológica que atiende a la materialidad de los medios, la historia opera de formas no lineales y a partir de los estratos que la componen vuelve visible sus conexiones y formaciones materiales. En el marco de la acelerada producción de tecnologías Parikka insiste en trazar un desvío y postular, desde la imagen de una *historia estratificada*, el concepto de *tiempo profundo* para advertir allí cómo muchas de las interacciones del presente “hunden sus raíces en un pasado remoto” (2021b: 33). Esta noción, recuperada de Siegfried Zielinski (2011), advierte una vez más sobre los riesgos que comprenden los relatos históricos de orígenes definidos y las narrativas del tiempo orientadas hacia un fin.

samiento entre las capas que conforman los estratos, esto es, acumulaciones, sedimentaciones, plegamientos, interacciones dinámicas, fuerzas de selección y compresión que actúan sobre lo material. Dicha perspectiva organiza el proceso de estructuración de la tierra y sus formaciones materiales en las que confluyen tiempo y espacio. En este sentido, la noción de escala, o escalas en plural, refiere a un modo de registro sensible no sólo de otra medida de tiempo y espacio que desborda decididamente los límites humanos sino, más aún, de la interacción muchas veces conflictiva de diferentes escalas a la vez. De este modo, el estrato materializa la interacción entre diferentes escalas por el modo en que vuelve visible un rastro y una zona de contacto que advierten finalmente la mezcla de diferentes materias.

¿Cómo conjugar en la materialidad de ciertos procesos el impacto de lo geológico y lo histórico a la vez? ¿O de qué modo volver visible la hibridación de estratos y el clima de los conflictos históricos? Acaso el entrelazamiento de esos órdenes nombre algunos de los sentidos expandidos del clima de nuestra época. Lo que señalan estos autores es que la multiplicidad de escalas llevará a atender las transformaciones y conflictos que se dirimen en la superficie espacializada del presente, la que permita quizás pensar conjuntamente manifestaciones de procesos en los que tiempo y espacio se ven visiblemente entrelazados.

Traer a escena escalas visiblemente diferentes, conflictivas entre sí pero en ineludible contacto, conduce a repensar las mediciones y figuraciones que nos damos para problematizar las dimensiones espacio-temporales. De hecho, la propuesta de Parikka de introducir el tiempo geológico como *tiempo profundo* significa en primer lugar la posibilidad de conectar ambas dimensiones. Pero se trata también de advertir perturbaciones escalares (Clark, 2019) que permiten ver el modo en que ciertas formas de medir han quedado desfasadas para pensar y problematizar la crisis contemporánea. Introducir diversidad de variables para abordar estos problemas implica necesariamente repensar las dimensiones que traen a escena un conjunto heterogéneo de escalas en disputa y en esa dirección preguntarnos cómo ciertas medidas de tiempo y de espacio han significado un límite concreto en torno al pensamiento y la imaginación. Ante todo, el problema de las escalas exhibe el conflicto entre temporalidades y espacialidades cuya medida efectivamente desborda lo humano. Una disputa en la que se encuentran lo geológico en interacción con el espacio y la política, en la que múltiples mediaciones no sólo hacen evidente los límites de las oposiciones ontológicas de la modernidad sino que además se abre hacia la posibilidad de pensar una proliferación de formas en interacción y agencia.

En el marco de estos debates nos interesa detenernos en cómo las imágenes catastróficas que asedian el presente en crisis, sus desastres naturales y sus crisis económicas y políticas, se expresan como un clima de fin

de la historia. Así, bajo el sintagma *el clima de la historia* Chakrabarty conjuga el modo en que esos órdenes que durante la modernidad fueron entendidos como esferas separadas, se encuentran en el presente visiblemente conectadas, aunque sus temporalidades y escalas sean diferentes. “Nada está en su justa escala” dirán Danowski y Viveiros de Castro (2019: 49). Allí radica el mayor desafío, afirman los autores, en revelar las profundas conexiones a través de las cuales ambos órdenes interactúan entre sí. Esa es, precisamente, la complejidad que comprende el tiempo y la imaginación del presente: una conjunción, un entrelazamiento, una conexión de procesos relativamente a corto plazo de la historia humana y otros procesos a largo plazo que pertenecen a la historia de la naturaleza.

La larga narrativa sobre la que se sostiene la oposición entre la cultura y la naturaleza comienza a colapsar una vez constatado el derrumbe de las imágenes que supo forjar el proyecto civilizatorio y modernizador. Es el tiempo presente —que se revela como una temporalidad carente de horizonte de progreso— el que a partir de la relacionalidad (hibridez, entrelazamiento, multiplicidad de modos de nombrar ese enlace) sostiene y determina la escena contemporánea, vuelve visible finalmente el pasaje de una ontología que ordenaba las dicotomías modernas hacia una política de la hibridez material. La naturaleza deja de ser el fondo estable que organizaba las certezas del programa modernizador cuando el conjunto de transformaciones que viene a subrayar la crisis ambiental interrumpe el relato progresista con una multiplicidad de imágenes que lindan con la catástrofe. Quisiéramos pensar además que estas imágenes están irremediabilmente anudadas a la crisis política, social y económica del capitalismo en su fase tardía que arrasa con los territorios y con las coordenadas espacio-temporales que antes los hacían reconocibles.

La atmósfera de la crisis

La crisis está en el aire y se deposita de manera imperceptible sobre los espacios, los seres y las cosas a la manera de un clima o una atmósfera saturada de signos de derrumbe
Fermín Rodríguez

La crisis está en el aire, sugiere Fermín Rodríguez (2022) y expresa allí el rumor que conecta las políticas neoliberales que hacia finales de los años noventa manifiestan su punto más álgido de desigualdad social junto a la atmósfera apocalíptica que impregna el clima de las ficciones de esa época. El mal tiempo se anuda a la crisis social y política, encontrando su vértigo defini-

tivo en el estallido político, económico y social del 2001. Mientras los espacios de la ficción se ven envueltos en desastres climáticos –inundaciones, lluvias torrenciales, tormentas eléctricas, terremotos– se produce también la apertura hacia un “clima de inminencia” (Rodríguez, 2022: 16): una atmósfera radical de apocalipsis que se traduce en un amplio conjunto de sentidos e imágenes en torno al agotamiento. Se trata del proyecto de acumulación que, durante los años noventa, narra el relato de un crecimiento económico, de carácter festivo y celebratorio, que en su revés comenzará a anunciar lo que vendrá unos años después:

La ficción literaria se hace cargo de la percepción y la imaginación de la crisis, ensayando con la temporalidad del «fin de la historia» que la imaginación neoliberal y los efectos socialmente devastadores de sus políticas están instalando en un presente arrasado por el terror económico de los años noventa, la masificación del desempleo la precarización del trabajo y el desmantelamiento del Estado de semibienestar, que culminó violentamente con el estallido social de 2001 (Rodríguez, 2017b: 45).

Para Rodríguez, lo que acontece en las ficciones argentinas de esos años es precisamente la otra cara del progreso: “la modernización neoliberal como catástrofe, como crisis y estado de excepción” (2022: 14). Entre la multiplicidad de producciones estéticas y teóricas que desde hace algunas décadas viene delineándose con gran fuerza en torno a la crisis, el autor repara en la singularidad de la ficción, no sólo por su carácter anticipatorio de una crisis que años después iba a exhibir sus efectos más críticos sino también por su potencia para construir otros dispositivos visuales que muestran un más allá del fin de la historia.

Hay entonces una atmósfera enrarecida en la que se ven envueltos ciertos procesos políticos de las ficciones de los noventa, que se expresa en un clima de fin de la historia. La crisis desencadena las transformaciones de una época marcada por el terror económico de las políticas de privatización, desempleo y ajuste. Mary Louis Pratt (2019) afirma que si la modernidad ha sido una de las grandes narrativas sobre la que se asientan muchas de las tramas significantes del presente, el neoliberalismo ha sido otro de esos grandes relatos a desmontar. Además, ambos proyectos marcan una línea de continuidad, una conexión que se abre entre el programa modernizador sobre el que se configuró la fundación del espacio nacional y las políticas arrasadoras del neoliberalismo cuyos efectos y consecuencias emergen en los territorios en crisis de las ficciones de fin de siglo. Ya que el atributo festivo y celebratorio del avance neoliberal exhibe rápidamente su revés: el carácter destructivo del progreso económico. No es casual, entonces, que

bajo la imagen atmosférica del *mal clima* se exprese un conjunto de “acontecimientos recurrentes que vienen de afuera del campo de la representación a desestabilizar los territorios de la novela” (Rodríguez, 2022: 101). Se trata de fuerzas caóticas y destructivas que impactan en los territorios de la ficción y que, además, encuentran en ciertos procedimientos estéticos modos de explorar un entrelazamiento.

Entre clima e historia, entre naturaleza y política, las ficciones argentinas de fin de siglo ensayan un entramado espacio-temporal bajo la forma y la intensidad de una atmósfera de la crisis que se vive finalmente como un clima de inminencia: “atmósferas afectivas envolventes, donde naturaleza y política se mezclan de manera imprevista e inquietante” (Rodríguez, 2022: 102). La crisis, observa Rodríguez, no será ya el estado de excepción de un mundo de acuerdos preestablecidos que se han dejado atrás, sino que en su propio derrumbe se revela como una *inestabilidad constitutiva*. Tal inestabilidad –de las condiciones de vida y la subjetividad–, Danowski y Viveiros de Castro (2019) la piensan como aquello que afecta la concepción del espacio y el tiempo, de los sistemas de medición y escalas de lo pensable. El estremecimiento, cuando no su derrumbe a secas, de las coordenadas espacio-temporales será el centro de un pensamiento en torno al fin. Sobre ese suelo inestable de la ficción “se multiplican las figuras del agotamiento, de la ruina, de la catástrofe” (Rodríguez, 2022: 102). Pero este clima de indeterminación e inminencia exhibe para el autor una totalidad abierta que produce derrumbes y temblores en torno a los procedimientos, más precisamente en torno a la representación. Es decir, más que representación de la realidad, la atmósfera como clima se da a ver y a sentir como presiones e intensidades que empujan y ejercen el aire de la historia.

Recordemos que Francine Masiello (2012) lee en la literatura argentina de los años noventa la manifestación de un momento bisagra en el que conviven el caos y la efervescencia; la prosperidad y el carácter celebratorio junto a una crisis de dimensiones imprevistas. Y para pensar la convivencia de ambos estados toma prestada la figura del cráter. No es casual, creemos, que traiga a escena para pensar las transformaciones de fin de siglo la imagen de la boca de un volcán. No resulta extraño en tanto la crisis que toma curso por esos años se expresa, como decíamos, al modo de un clima de inminencia. Y requiere, además, para abordar la complejidad de sentidos que arroja, otras figuraciones cuando los eventos políticos y las experiencias históricas se vuelven insuficientes. “Como la garganta de un volcán con su inminente peligro de erupción” (Masiello, 2012: 81), los acontecimientos se suceden al modo de una catástrofe, en la que el fulgor del espectáculo y la decadencia del sentido corren a la par. Indisociables se presentan las imágenes del fin y la catástrofe, hecho en el que repara Fermín Rodríguez pero también Sandra Contreras (2008) a propósito de la escritura de César Aira.

Es que el clima de fin de siglo se expresa agitadamente al ritmo de la destrucción. Y acaso no haya destrucción más espectacular que la que brindan las imágenes del final de los tiempos, la descomposición del mundo tal cual supo forjarse un siglo atrás. El *mal tiempo* se presenta como el anudamiento definitivo del clima de la historia tocando su fin, de esas fuerzas demasiado violentas, a veces cayendo del cielo, otras brotando como un chorro de la tierra, bajo las cuales discurren y se precipitan los sentidos del agotamiento.

La atmósfera bajo la cual pensamos el entrelazamiento entre naturaleza y política adquiere aquí la densidad de un clima de época, en el que insistentemente se vuelven visibles los restos del modo de producción capitalista, “un proceso de demolición que deja huellas” (Rodríguez, 2022: 104). En la naturalización de la crisis, de ese proceso de derrumbe, resuena como un eco el borramiento de las operaciones bajo las cuales se configuró el espacio nacional –y que podríamos vincular a la *política naturalizante* del paisaje que enuncia Andermann (2018)–, operaciones que hicieron posible la puesta en curso incuestionable del reparto y ordenamientos de sentidos por el territorio nacional. Y es precisamente lo que registran las ficciones de fin de siglo: la pérdida definitiva de ese marco de reconocimiento como garantía del programa modernizador. Fermín Rodríguez destaca cómo aquellos sujetos que se desplazan inconsistentes por las ficciones territoriales de la crisis agonizan “junto con los imaginarios civilizatorios que hicieron de la distinción entre naturaleza y cultura el horizonte de las definiciones y políticas de las culturas nacionales latinoamericanas” (2022: 130). Territorios arrasados expresan de este modo el vaciamiento de los principales significados que organizaron la Nación: la descomposición de un imaginario nacional exhibe ahora una proliferación y saturación de sentidos en torno a la crisis.

Desde el fondo de la historia y desde el afuera del campo de representaciones, el mal clima de las ficciones se extiende como una atmósfera en la que la superficie del presente expresa la inestabilidad y la amenaza inminente de la crisis. Un ambiente saturado de imágenes derruidas revela otros sentidos en el revés de la crisis: la afirmación bajo la cual, en medio del desastre, aparecen nuevos ordenamientos y disposiciones que conducen finalmente a pensar que la crisis, como afirma Georges Didi-Huberman (2012), nunca es total aunque sea continua.

Imágenes del fin del mundo

Por distintos motivos, tanto en la proximidad del cambio de milenio como en las décadas que siguieron, las transformaciones sociales, políticas, económicas y ambientales han producido una enorme acumulación de discursos e imágenes alrededor del fin. El fin del mundo, el fin de la historia, el fin del

sentido, el fin del arte, entre muchos otros. Se trata de modos de nombrar e imaginar “la desarticulación de los márgenes espacio-temporales de la historia” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 21). ¿Cómo pensar el presente si se trata del *tiempo del fin*? Asomando el fin de siglo, imágenes inmemoriales y antiguas del fin del mundo comienzan a tomar un renovado impulso y se actualizan ante el consenso generalizado e ineludible de la crisis.

A modo de diagnóstico de época pero que precisamente busca desmontar los límites de su propia temporalidad, en *¿Hay mundo por venir?* (2019) Danowski y Viveiros de Castro detectan en la crisis climática la cristalización definitiva de un conjunto de problemáticas en las que quedan implicadas también las consecuencias determinantes de la modernidad y el colonialismo europeo. Desde múltiples enfoques y perspectivas es posible constatar que “la temporalidad de la crisis ecológica ha entrado en una resonancia catastrófica con la temporalidad de la crisis económica” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 108). Se trata de una crisis, observa Luz Horne, que expresa no sólo el fracaso de las promesas y sueños del proyecto modernizador sino también “la insuficiencia de la epistemología moderna occidental para entender lo humano y, por lo tanto, para sostener las humanidades en tanto disciplina” (2022: 29). Ya que las imágenes del fin que atraviesan los debates contemporáneos en torno a la crisis convocan una multiplicidad de discursos y registros, desde las ciencias hasta las humanidades, en las que se produce una apertura epistemológica como condición que la misma crisis habilita.⁴ En este sentido, como propone Horne, la historia puede ser pensada como catástrofe –de hecho, esa misma perspectiva es también historizable– más aún en la inminencia de la crisis contemporánea, pero acaso sea necesario también advertir “la apertura filosófica que se presenta a partir de la crisis epistemológica” (Horne, 2022: 32).

La *deriva del mundo* (Danowski y Viveiros de Castro, 2019) en tanto pérdida o agotamiento de las coordenadas de sentido que organizaron durante siglos las dimensiones espacio-temporales, anuncia entonces la proliferación de eventos e imágenes que se suceden vertiginosamente al modo de una distopía o una catástrofe. Se trata de discursos atravesados por nuevas experiencias de pensamiento que, desde el enunciado del fin, se organizan en torno a la estructura narrativa del mito. Un nuevo régimen semiótico del mito que resulta indiferente respecto de la verdad y la falsedad de sus

⁴ Este es un punto central en el que se detiene Horne (2022) para revisitar a contrapelo la tradición modernista brasileña: “La apertura epistemológica implica cuestionar las dicotomías de la modernidad y por lo tanto también cuestionar el ideal humanista y antropocentrista del hombre europeo y blanco como medida universal [...] ¿Acaso este intento por salir de la modernidad no tiene una raíz es que es también moderna? No es así si situamos el inicio de la modernidad en el quiebre epistemológico cartesiano (*res extensa* y *res pensante*) que llevó a sostener por más de trescientos años que la naturaleza humana y la vida en sociedad podían encajar en categorías completamente racionales” (Horne, 2022: 32).

contenidos. El fin del mundo, para Danowski y Viveiros de Castro, no es otra cosa que la invención de *una mitología adecuada para el presente* y, en cuanto tal, no deja de expresar un problema en torno al tiempo y el espacio. Ya que el “tiempo presente se va revelando como un presente sin porvenir” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 29), un tiempo vaciado, una retirada del horizonte y sus imágenes futuras. Es el propio tiempo el que parece no sólo acelerarse de modo vertiginoso y crítico sino el que ha cambiado cualitativamente, dirán Danowski y Viveiros de Castro. Se trata de una transformación que se manifiesta como una “súbita insuficiencia de mundo” y que conduce a la experiencia de “una descomposición del tiempo (el fin) y del espacio (el mundo), y la sorprendente degradación de las dos grandes *condicionantes* de la sensibilidad al estatuto de formas *condicionadas* por la acción humana” (2019: 34). La experiencia del fin, en su escala planetaria y su dimensión política, no deja de subrayar el agotamiento de la barrera que constituye el dualismo naturaleza/cultura, punto revisitado insistentemente en el debate contemporáneo.⁵ A propósito, escriben ambos:

No solo se trata, entonces, de una “crisis” *en el tiempo y en el espacio*, sino de una confusión feroz *del tiempo y del espacio*. Este fenómeno de un colapso generalizado de las escalas espaciales y temporales [...] anuncia el surgimiento de una continuidad o una convergencia crítica entre los ritmos de la naturaleza y de la cultura (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 49).

Esta convergencia entre naturaleza y cultura señala también el advenimiento de otra continuidad, *mitológica*, en la que el tiempo histórico vuelve a entrar en resonancia con el tiempo meteorológico. Pero ya no en la imagen arcaica de los ritmos estacionales, sino desde la fuerza disruptiva que adquieren los cataclismos. De este modo, el *fin del mundo* en tanto nuevo régimen semiótico del mito, proponen Danowski y Viveiros de Castro, remarca la progresiva descomposición del tiempo (el fin) y el espacio (el mundo), pero es al fondo de esa transmutación de las coordenadas espacio-temporales que irrumpe la pregunta por el *quién*. ¿Qué sujeto habita en el *nosotros* de ese *mundo*, es decir, el *nuestro*? El problema

⁵ En *¿Hay mundo por venir?* (2019) Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro recorren y analizan los distintos posicionamientos del debate contemporáneo en torno a la crisis ambiental, más precisamente se detienen en las narrativas en torno al fin del mundo, y resulta significativo advertir allí cómo ciertos enunciados que buscan suspender las dicotomías modernas de naturaleza y cultura no hacen más que exhibir, aseguran los autores, esa misma separación por otros medios: “Nos parece necesario, en suma, entender la noción de *ecología política* como un pleonismo meramente enfático, no como un compromiso conceptual híbrido, un «arreglo» entre una naturaleza y una cultura que, de esa forma, continuarían repartiendo las cartas, solo que ahora por debajo de la mesa” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 39).

del fin del mundo, de un pensamiento tocando su fin, se circunscribe en la separación de dos polos, uno orientado hacia el mundo y otro hacia el habitar. Desde allí, se esbozan dos narrativas sobre la inminencia del fin del mundo: un mundo sin nosotros, un nosotros sin mundo. La destrucción en curso encuentra en “nuestro mundo desértico del capitalismo tardío” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 101) la necesidad de repensar la relación entre lo humano y lo no humano a partir de las visiones catastróficas de un mundo sin humanidad y de una humanidad sin mundo. Así, las narrativas organizadas en torno al porvenir, bajo el signo de la crisis ambiental, se suceden y parecen repetirse sin cesar, guiadas por una forma de la experiencia contemporánea –la descomposición del tiempo y del espacio modernos– que se debaten entre estos polos.

El fin del mundo es, de este modo, el colapso de la distinción entre naturaleza y cultura: la constatación de una relación intrusiva entre ambos cuyos efectos devastadores arrasan el presente y anulan el porvenir. Un modo de pensamiento relacional que repara en la hibridez, en la permeabilidad del ambiente, en la co-constitución entre lo humano y la naturaleza. Sólo que aquí el derrumbe se relanza como exploración de los modos en que es imaginado ese *después* del fin, a partir de una proliferación de narrativas que intentan adecuarse al complejo presente que les toca. Cómo decíamos, la saturación de imágenes del presente ligadas al desastre se torna el principal motivo que revisita la temática del fin y que, como escriben Danowski y Viveiros de Castro, ha existido desde siempre en todas las culturas y se ha imaginado de maneras muy variadas a lo largo de la historia. Además, desde los múltiples diagnósticos que intentan dar respuesta a la crisis climática y a la pérdida de sentidos que organizaron el pensamiento moderno, se vuelve ineludible, una vez más, la continuidad que determina la relación entre naturaleza y cultura, o en los términos de los autores, entre ambiente y humanidad:

Humanidad y mundo están, literalmente, del mismo lado; la distinción entre los dos “términos” es arbitraria e intangible: si se empieza el recorrido a partir de la humanidad (desde el pensamiento, la cultura, el lenguaje, el “adentro”) se llega necesariamente al mundo (al ser, a la materia, a la naturaleza, al “gran afuera”) *sin cruzar ninguna frontera*, y viceversa. (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 202).

Sin embargo, la persistencia de esta distinción como herencia de la modernidad no ha hecho más que profundizar una relación con el mundo basada en la propiedad, la instrumentalización y la violencia, desplegando un entramado de sentidos que busca separar lo humano de lo no humano, la agencia humana de la pasividad del mundo material. Las imágenes catastróficas que

asedian el presente insistentemente exhiben no sólo la ruptura de esa separación, la imposibilidad de concebir el curso de esa distinción, sino más aún sus efectos devastadores. Luz Horne escribe al respecto:

Ya no quedan dudas de que el nuevo régimen climático en el que vivimos se devora aquello que antes llamábamos orden político, o que el orden político interviene de manera directa en el orden natural. Esta distinción ya no es pertinente, ya no es clara, ya no es posible. La crisis planetaria actual no se entiende si se piensa exclusivamente en uno de los niveles –ambiental, social, sanitario, económico o político– puesto que lo que los anuda de un modo inextricable es la constancia de un ataque a diferentes formas de vida (2022: 28).

La posibilidad de ver alianzas y ordenamientos de otro orden que disputen la pérdida definitiva de sentido participa también de la llamada “abundante existencia en este vasto mundo” (Danowski y Viveiros de Castro, 2019: 208). Se trata de advertir en el retiro de un horizonte de posibles, sus posibles re-trazos y reordenamientos. Es hacia el final del desarrollo de Danowski y Viveiros de Castro que aparece y se configura una *figuración del futuro* bajo ciertas formas de resistencia que efectivamente producen otros repartos y ordenamientos en el presente de aquello que ha quedado de la maquinaria destructora del proyecto modernizador. *Futuros menores*, como propone Luz Horne, que en los anuncios del fin constatan la ineludible emergencia de una crisis en la cual, a su vez, es posible avizorar la emergencia de una nueva potencia: “los futuros menores se oponen al futuro monumental, singular y del progreso, pero no se oponen como un espejo invertido, sino mostrando su revés, exponiendo sus restos” (Horne, 2022: 34). Se trata así de una crisis no totalizante que suspende el pensamiento nihilista y escatológico de pérdida total del sentido para advertir en lo *menor*, en los restos que han quedado de las múltiples destrucciones, la posibilidad misma de una interrogación por el presente y sus formas del porvenir. Lo menor suspende la linealidad temporal, actúa desterritorializando, enlazando el espacio y el tiempo, “porque no avanza ni monumental ni apocalípticamente sino que se instala justo en el sitio inestable del temblequeo y en un pensamiento diminutivo y jeroglífico” (Horne, 2022: 36).

En *lo que queda* se vuelve posible habitar un pensamiento del fin a partir de un estado de copertenencia, una simultaneidad al interior del diagnóstico generalizado del fin del tiempo, de la historia y del mundo, en el que es posible articular y re-trazar nuevos repartos. Lo contrario a las imágenes del progreso y el avance destructivo de la modernidad no será entonces el desastre total, la pérdida de mundo o el fin del sentido, ya que éstos se presentan como su revés complementario y su justa consecuencia. El modo de

disputar esa imagen totalizante y binaria de la modernidad será un porvenir como resto que queda a pesar de todo. Desde la crisis y la articulación entre teoría, crítica y ficción emergen otras zonas de invención e intervención en la superficie espacializada del presente, otros repartos que reúnen la degradación y la resistencia, otras figuraciones que reparan en lo material y convocan los tiempos profundos de la Tierra, sus estratos y capas sedimentadas, como también las tormentas eléctricas del agitado cielo de la historia. Figuras materiales que iluminan la potencia que surge en el tiempo de la crisis para construir e imaginar otros dispositivos espacio-temporales. Si la catástrofe se enuncia como fin de la historia, como percepción de quiebre del mundo entendido como unidad de sentido, ¿qué resquicios se abren allí? ¿qué queda y que viene después? ¿qué imágenes habrá después del fin?

Bibliografía

- AIRA, CÉSAR. *La villa*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- ANDERMANN, JENS. *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago de Chile: Metales pesados, 2018.
- CABEZÓN CÁMARA, GABRIELA. *La Virgen Cabeza*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009.
- CLARK, TIMOTHY. "Escala: perturbaciones escalares", *Revista de Filosofía Universidad Iberoamericana*, vol. 51, núm. 146, 2019.
- CHAKRABARTY, DIPESH. *Clima y capital. La vida bajo el antropoceno*. Santiago de Chile: Mimesis, 2021.
- CONTRERAS, SANDRA. *Las vueltas de César Aira*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008.
- DANOWSKI, DÉBORAH Y VIVEIROS DE CASTRO, EDUARDO. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.
- DELEUZE, GILLES Y GUATTARI, FÉLIX. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. España: Pre-textos, 2004.
- DIDI-HUBERMAN, GEORGES. *Supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Abada, 2012.
- HORNE, LUZ. *Futuros menores. Filosofías del tiempo y arquitecturas del mundo desde Brasil*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2022.
- LUDMER, JOSEFINA. *Lo que vendrá. Una antología (1963-2013)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2021.

- . *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2020.
- MASIELLO, FRANCINE. "En los bordes del cráter (sobre la generación del noventa en Argentina)", *Cuadernos de literatura*, vol. 16, núm. 31, 2012.
- MORENO, MARÍA. *La comuna de Buenos Aires. Relatos al pie del 2001*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2011.
- NEUBURGER, ANA. "Hundidos en el barro. Imaginación espacial y desechos en *La Virgen Cabeza*", *Estudios de Teoría Literaria*, vol. 10, núm. 21, 2021.
- . "A la luz de la crisis. Desechos, materiales y visualidad en César Aira", *Landa*, vol. 8, núm. 2, 2020.
- PARIKKA, JUSI. *Antroposceno y otros ensayos. Medio, materialidad y ecología*. Santiago de Chile: Mímesis, 2021a.
- . *Una geología de los medios*. Buenos Aires: Caja Negra, 2021b.
- PRATT, MARY LOUISE. *Los imaginarios planetarios*. Madrid: Aluvión, 2019.
- RODRÍGUEZ, FERMÍN. *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo*. Córdoba: Eduvim. 2022.
- . "César Aira y la novela de la crisis", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 70, núm. 2, 2017.
- ZIELINKSKI, SIEGFRIED. *Arqueología de los medios. Hacia el tiempo profundo de la visión y la audición técnica*. Bogotá: Uniandes, 2011.